

La Araucana y la “Nueva novela histórica” *La Araucana and “The New Historic Novel”*

MERCEDES SERNA ARNAIZ

Dpto. de Filología hispánica, T.^a de la literatura y Comunicación
Universidad de Barcelona
Gran Vía, 585, Barcelona, 08071
serna@ub.edu
Orcid ID 0000-0003-2385-0043

RECIBIDO: 11 DE ENERO DE 2018
ACEPTADO: 3 DE MARZO DE 2018

Resumen: En el presente ensayo, aplicamos los rasgos que Aínsa y Menton consideran que definen la “Nueva novela histórica” a los relatos de conquista, y concretamente, a *La Araucana*, para demostrar cómo dicha obra épica tiene muchas características comunes con la “Nueva novela histórica”. Concluimos que si, como se ha establecido, los géneros histórico y novelesco parten del tronco común de la epopeya, *La Araucana* es, de todas las epopeyas, la que determina ese salto, pues ya no pertenece exclusivamente ni a la historia ni a la novela, sino que puede ser considerada, si no la primera, como una de las primeras novelas históricas de la literatura escrita en español.

Palabras clave: Ficcionalización. Intertextualidad. Realidad. Crónicas de indias. *La Araucana*.

Abstract: In the present essay we assess the narratives of the conquest, and specifically *La Araucana*, in the light of Aínsa and Menton’s concept of the “New Historical Novel”. We show that this epic presents many features that characterize their definition. We conclude that if the genre of the historical novel starts from the common basis of the epic, *La Araucana* is the work that best reflects this transition; it no longer belongs exclusively to history or to the novel, but is one of the earliest historical novels of literature –if not *the* earliest– written in Spanish.

Keywords: Fiction. Intertextuality. Reality. Chronicles of the Indies. *La Araucana*.

INTRODUCCIÓN A LA "NUEVA NOVELA HISTÓRICA"

Tras la crisis del concepto de historia y de objetividad, y adoptando una nueva perspectiva, surge entre los años 1970 y 1980 la nueva novela histórica. Según Fuentes (17-18), esta nueva narrativa se rebela contra el realismo y los valores burgueses que se asocian a él, esto es, contra el realismo regionalista y criollista de los años veinte y treinta que "produjo imágenes estereotipadas y esencializadas de la realidad hispanoamericana, estructuradas sobre la dicotomía civilización y barbarie, cultura y naturaleza o progreso y atraso" (Perkowska 24).

Lo que sí puede constatarse, desde los años 80 y hasta hoy, es un gran distanciamiento de la estética del realismo mágico, que se ha visto desplazado paulatinamente por la novela que transita entre lo real y lo irreal. En la presente narrativa hispanoamericana nos hallamos ante una novela alejada del exotismo o la evasión, ligada a la literatura de la historia, a la autoficción, a la biografía o a la metaliteratura, y colindante con el periodismo o la historia. El auge de la novela híbrida ha dado obras como *El espíritu de mis padres sigue ascendiendo con la lluvia*, de Patricio Pron, *A la vista*, de Daniel Sada, *Decencia*, de Álvaro Enrígue, *El todo cotidiano*, de Zoé Valdés, y a un sinfín de autores como Wendi Guerra, Leonardo Padura, Abad Faciolince, Roberto Bolaño o, anteriormente, Vargas Llosa con su concepto de realidad ficticia. Todos estos autores pertenecen a una época que entiende que la forma lingüística y narrativa, utilizada por la historia para representar la realidad histórica, no distorsionaba su objeto, sino que lo representaba tal cual. Ya Hayden White había afirmado que todo escrito historiográfico es, en parte, un constructo literario. En obras como *Metahistoria* o *El contenido de la forma*, White desarrolló una nueva metodología de análisis histórico que consistía en la detección y estudio de los elementos literarios implícitos en el seno de todo escrito historiográfico, cuestionándose la tradicional separación entre el discurso histórico y el literario.

En definitiva, la crisis del realismo objetivo se ha producido en una época de pérdida de confianza en la representación objetiva del lenguaje.

En el auge del pensamiento del giro lingüístico, en este giro textualista que obligó a reconsiderar el estatuto ontológico de la forma narrativa y la compleja relación entre realidad, historia y texto narrativo, entre la narración y la realidad histórica, han surgido muchas novelas que han retomado el tema de la conquista, por una necesidad de visitar la historia oficial. Abel Posse (en *Los perros del paraíso*, parte de un diario secreto, apócrifo, cuyo estatuto de verdad es equiparable al que puede tener el *Diario* que se ha conservado trans-

crito por el padre Las Casas y Hernando Colón, y cuya finalidad es la de revelar las omisiones y aclarar los interrogantes de la versión oficial sobre el descubrimiento), Augusto Roa Bastos, Uslar Pietri, Miguel Otero Silva, Hermínio Martínez, Juan José Saer, Homero Aridjis, Carlos Fuentes o Leonardo Padura son algunos de los autores que han retomado el periodo de la conquista, cuyo precursor reiteradamente señalado por la crítica es Alejo Carpentier, especialmente con sus novelas *El reino de este mundo*, de 1949, y *El arpa y la sombra*, de 1979.

Como apunta Menton, la nueva novela histórica “fue engendrada principalmente por Alejo Carpentier con apoyo muy fuerte de Jorge Luis Borges, Carlos Fuentes y Augusto Roa Bastos” (42). Según Aínsa, el papel de Carlos Fuentes también es fundamental para la conformación del género, especialmente con su novela *Terra Nostra*, de 1975, pues “fue el primero en desmantelar de un modo programático y total la novela histórica tradicional” (Aínsa 2003, 80), mediante el uso de recursos como “la anacronía, la ironía y el grotesco e inauguró la corriente de obras donde los hechos históricos si bien son reconocibles, han sido integrados a la ficción a través de un tratamiento de deformación y adulteración deliberada” (Aínsa 2003, 81).

Seymour Menton, en su conocido ensayo *La Nueva Novela Histórica de la América Latina: 1979-1992*, asienta los seis rasgos sobre los que luego la crítica partirá a la hora de estudiar la producción narrativa. Menton apunta a la imposibilidad de conocimiento de la verdad histórica o la realidad, a la ficcionalización de los caracteres históricos, a la metaficción y la intertextualidad, procedimiento del que *La guerra del fin del mundo* de Vargas Llosa representa un buen ejemplo, puesto que parte, como explícita en el prólogo, de la reescritura de *Os Sertões*, de Euclides da Cunha. Finalmente, el último rasgo que apunta Menton es la aplicación de los conceptos bajtinianos de lo dialógico, es decir, la presentación de una pluralidad de versiones, lo carnavalesco, la parodia y la heteroglosia (42-46).¹

Al conjunto de rasgos que ofrece Seymour Menton, Fernando Aínsa añade de alguno más: lo que denomina la “abolição de la distancia épica” mediante la escritura en primera persona, cuya subjetividad entra en contraste con la no-

1. Hay que aclarar, sin embargo, que este tipo de aproximaciones aquí sintetizadas parten de un análisis abstracto que pretende cristalizar las constantes de un género y que, por tanto, no todas las novelas comparten los mismos procedimientos aquí enunciados. Además, también es plural el momento histórico que abordan, de tal forma que algunas se centran en la etapa del descubrimiento, otras en la conquista, otras en el periodo de independencia y otras en el siglo XX.

vela histórica considerada simplíficadamente de corte tradicional, que adopta por lo general un narrador en tercera persona, así como también se opone a la presunta objetividad del discurso historiográfico. Aínsa insiste, además, en la imbricación de distintos tiempos y en el uso con fines desmitificadores del arcaísmo, el pastiche y la parodia:

El novelista [...] releyendo atentamente el pasado, reescribe la historia. Lo hace muchas veces recreando el lenguaje y solazándose en arcaísmos y en las imaginativas posibilidades de anacronismos, *pastiches* y parodias proyectadas hacia el pasado desde la mirada crítica del presente. (2003, 10)

Entrando más en nuestro periodo a tratar, el propio Aínsa habla de la importancia del subgénero de la crónica de Indias en la génesis de la memoria y de la literatura americana. Puede decirse que ya los primeros textos escritos latinoamericanos combinan la ficción y la historia:

La historia se ve como un género literario al servicio de una voluntad de consignar hechos y datos verosímiles que pueden o no ser verídicos, y donde la imaginación libremente consentida se reconoce en la combinación de leyenda, mito, epopeya de los libros de caballería, tal como la refleja la rica historiografía de las Crónicas de Indias. (1997, 120)

LA ARAUCANA Y LA “NUEVA NOVELA HISTÓRICA”

Sabemos que la clasificación de Menton, ampliada y modificada en sucesivos estudios (Lefere), es inexacta y consideramos que, por caminos metodológicos y causas opuestas, puede aplicarse tanto a la denominada “Nueva novela histórica” como a los relatos de conquista de los siglos XVI y XVII. Con respecto al primer rasgo de la clasificación de Menton, esto es, la imposibilidad de discernir entre historia y ficción, es bien sabido que en las crónicas y relatos de Indias realidad y ficción se imbrican y confunden, de tal manera que la realidad se torna novelesca, intencionalmente o no. Bajo el marbete de los relatos de la conquista incluimos a *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, cuyas características tan especiales la acerca a la crónica de Indias, tanto por el contenido (se trata de un texto que narra hechos contemporáneos a la conquista americana), como por la forma (el autor es narrador y protagonista de los hechos que se relatan). Como sabemos, la épica es un género muy rígido, determinado con toda precisión, y cuyas líneas, trazadas casi desde los comienzos de la literatura europea, fijaron Aristóteles y Horacio, siendo sus modelos Homero

y Virgilio. *La Araucana*, como tantas veces se ha dicho, es el primer poema épico americano en que el autor, contraviniendo las rígidas normas de la epopeya, aparece como actor, personaje o protagonista de los hechos que describe, y de ahí su pertinente comparación con las crónicas de Indias. Lo que hoy es un rasgo de modernidad de *La Araucana* –relatar hechos contemporáneos– fue visto por la crítica de los siglos XVIII y XIX como un defecto, así como la carencia de un héroe, la falta de unidad de asunto y de intención o la mezcla de estilos. *La Araucana* no hubiera incurrido en ningún defecto de los nombrados si Ercilla hubiera elegido la prosa en vez del verso épico para relatar las guerras del Arauco, pero es evidente que el autor pretendía ensalzar la empresa conquistadora y dignificar, al mismo tiempo y presumiblemente de forma paradójica, a los araucanos, precisando para ello que su narración adquiriera la gravedad, la inmortalidad y la ejemplaridad que solo puede otorgar el verso épico.

Un tema que podría marcar una diferencia entre los relatos de Indias y la “Nueva novela histórica” es el de considerar la finalidad del autor que escribe el relato. Tal como explica Aínsa, “la intención con que una obra ha sido escrita define un primer campo de diferencias entre los discursos histórico y ficcional: el de las convenciones de veracidad y de ficcionalidad a las que se atienen respectivamente historiadores y novelistas” (1997, 116). Ercilla, esquivando las normas del género épico, se postula como un cronista más pues relata unos hechos vividos casi mayormente por él, y, como los cronistas de indias, se acoge a la sentencia de Heráclito que afirma que “los ojos son testigos más exactos que los oídos”. Comparte con ellos el convencimiento de que su discurso es histórico y de que en él hay una voluntad de objetividad entendida como búsqueda de la verdad. Sabemos que esto es así pues se ha confirmado la autenticidad de los hechos guerreros y se cuestiona, esencialmente, la veracidad de las historias amorosas que amenizan el texto. Esta imposibilidad de distinguir sobre si un relato pertenece a la historia o a la ficción, por otra parte, es lo que hace que *La Araucana* se acerque al género novelístico. Se trata, en definitiva, de un texto sobre sucesos históricos contemporáneos cuya veracidad viene avalada por la presencia testimonial del autor, esto es, por la experiencia personal de las guerras vividas por el narrador. Pero Ercilla no solo pretende exponer los hechos históricos (“es relación sin corromper sacada / de la verdad cortada a su medida” 78) y documentarlos. Como hombre que ha vivido lo que cuenta, desea opinar sobre el proceso y los hechos de la conquista americana. Es por ello que la voz de Ercilla, ya utilizando la primera persona

ya la tercera, directa o indirectamente, resuena constantemente en el texto, denunciando o poniendo de manifiesto, en múltiples ocasiones, o a través de personajes como Galbarino (alter ego de Ercilla en cuestiones ideológicas), Valdivia o Villagrán, o a través del narrador, la explotación que sufren los indios, la codicia, la rapacidad e hipocresía de los conquistadores y encomenderos, el empleo de las armas con fines evangélicos o la crueldad de las acciones en general. El texto destaca por las apreciaciones personales e ideológicas del autor, lo que convierte a *La Araucana* en un texto político, pues Ercilla discute y plantea muchos temas de la política colonial del momento, como el del derecho a las guerras de conquistas. Las apreciaciones ideológicas de Ercilla han originado estudios como el de Javier García (2013) que ha trabajado la posible influencia del humanismo jurídico en la obra ercillana, partiendo de la gran ascendencia que el padre de Ercilla, Fortún de Ercilla,² jurista, ejerció sobre Sepúlveda; el de Pérez Bustamante (1952), que trabaja el lascasismo en *La Araucana*; el de Mejías-López (1995), que estudia la relación ideológica de Alonso de Ercilla con Francisco de Vitoria y fray Bartolomé de las Casas, a través de la figura de fray Gil González de Nicolás; el de Blas Medina en “Juan Ginés de Sepúlveda en *La Araucana*” o el de Enrique de Gandía, que ya trabajaba los fines políticos y teológicos de *La Araucana*. Beatriz Pastor (568), en *Discurso narrativo de la conquista de América*, señalaba que Ercilla percibe el desajuste entre modelo ideológico y colonia, entre mito y realidad, entendiendo que el proyecto ercillano no es otro que la restauración de la unidad fragmentada por la realidad de violencia, explotación e injusticia de la conquista y colonización de América; esta restauración, según Pastor, es entendida “como el retorno a los auténticos valores cristianos: el discurso narrativo de la rebelión la identifica con un retorno nostálgico y anacrónico a los valores mitificados de la España heroico-medieval”.

Ercilla, de esta manera, nos ofrece a través de *La Araucana* su versión particular de la historia. Como señala Beatriz Pastor, nuestro autor es perfectamente consciente de que “en su versión de la historia de la conquista se ocupaba precisamente de aquellos aspectos que habían sido eludidos por la historia oficial y reafirma de distintas maneras a lo largo del poema su deci-

2. El padre de Ercilla fue un jurista afamado en vida. Estudió en San Clemente, Universidad de Bolonia, e Italia. Admirado por el Papa León X, luego viviría en Roma. Carlos V le incluyó en el Consejo Real y en el Consejo de las Órdenes. Llegó a asesorar al Emperador, en 1528, cuando este fue desafiado por los reyes de Francia e Inglaterra, Francisco I y Enrique VIII (Medina).

sión de hablar de aquello que la versión oficial de los hechos ha deformado u ocultado” (548). Se ha hablado mucho de la aparente ambigüedad ideológica que subyace en todo el poema, que oscilaría entre una crítica profunda y radical a la conquista –formulada en múltiples ocasiones a lo largo del poema, pero excepcionalmente en la descripción que hace el autor de la representación de la América precolombina (episodio de la expedición austral que vivió Ercilla)– y la defensa que realiza en otras ocasiones del derecho a la guerra. Tampoco el autor duda en calificar de bárbaros a los araucanos. Esa aparente contradicción entre el discurso imperialista y el efecto destructor de la conquista y de desmitificación del conquistador surge de la conciencia atormentada de un narrador que, al mismo tiempo, es testigo y protagonista de los hechos. Esa conciencia, más propia de la narración de las historias particulares o personales (rasgo propio de la Nueva novela histórica), aparece también en muchos otros cronistas que relatan lo vivido porque han sido testigos de las guerras de conquista. Como ejemplos recordemos al inca Garcilaso que de igual manera narra las acciones heroicas de los incas en los *Comentarios reales* como de los españoles en la *Historia General del Perú*; a Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, cuyos *Comentarios*, tan jugosos o más que sus famosos *Naufragios*, evidencian una conciencia atormentada por los daños causados a los indios. Cabeza de Vaca no se cansa de alabar a los nativos de América frente a la codicia de los españoles y del jefe Irala. Estas visiones desmitificadoras, que son más numerosas y muy anteriores a lo que comúnmente se ha establecido, no son lascasianas, en el sentido de que no nacen de los discursos de Bartolomé de las Casas (cuyo predecesor, además, fue Montesinos), sino que surgen de una percepción personal e incluso fueron propias de muchos hombres de Estado, como lo fue el propio Ercilla. En este sentido, es muy significativo el discurso del secretario de Alonso de Ribera, gobernador de Chile, Domingo de Eraso, titulado el “Papel sobre la esclavitud de los indios de Chile”, donde describe las increíbles crueldades y agravios que han recibido los indios en manos de los españoles, “empalándolos y ahorcando los niños de los pechos de las madres muertas” (227). Eraso defiende que los araucanos hagan la guerra a los españoles al señalar que “también tienen ellos obligación de no sujetarse a quien les agravia, ni admitir predicadores, por cuyo medio hubiesen de venir a una dura servidumbre en que los tendrían” y “que sus delitos no son sino defensas naturales de su patria y de su libertad” (228).

En general todos estos autores no dudan de la conquista pero sí de sus procedimientos. Son textos desmitificadores como el último viaje de Colón,

muchos fragmentos de la *Historia* de Oviedo,³ o las crónicas de la conquista espiritual de América.

Ercilla contraviene una de las reglas fundamentales de la épica, la de narrar hechos del pasado, porque su pretensión, al escribir *la Araucana*, es histórica, ideológica y política. Nuestro autor desea dar su versión de los hechos, como testigo de la historia, y como hacen los cronistas de Indias, y opinar sobre la política colonial americana. En idéntica actitud que Cabeza de Vaca, Ercilla aparece en el poema a través de un yo narrativo que se dedica a impartir justicia y, sobre todo, a criticar las acciones ignominiosas y anticristianas de los españoles (muerte de Caupolicán, ejecución de Galbarino...). Esa conciencia crítica que cuestiona desde dentro del poema (o crónica) las acciones de los españoles, la versión oficial de la historia, es propia también de la nueva novela histórica. Sin embargo, no creo que la visión que ofrece el poeta en *La Araucana* sobre la conquista sea contradictoria. El autor parte de un modelo heroico y cristiano, providencialista e imperialista, de la conquista americana y critica, por lo tanto, la degradación de la conquista y de la figura del conquistador, indigno ahora de ser y de servir como soldado al Emperador. No hay contradicción ideológica en Ercilla porque, además, su trayectoria biográfica así nos lo confirma. Recordemos que antes de escribir *La Araucana*, siempre trabajando al servicio Real, intentó ir a Perú para sofocar la rebelión de Hernández Girón, con la idea de servir al Emperador; que en 1562 tornó al Perú para luchar contra otro rebelde a la Corona, Lope de Aguirre; que el rey Ca-

3. Tanto Gonzalo Fernández de Oviedo como Bartolomé de las Casas manifestaron lo perjudiciales que para los indios fueron los repartimientos y las encomiendas, por los trabajos forzados en las minas, la mala alimentación y las enfermedades. Oviedo, en su *Historia general y natural de las Indias*, refiriéndose a la isla Española y tras el apresamiento de Colón por parte de Bobadilla, informa de la despoblación de las islas en los siguientes términos: "Todos los indios desta isla fueron repartidos y encomendados por el Almirante a todos los pobladores que a estas partes se vinieron a vivir; y es opinión de muchos que lo vieron e hablan en ello como testigos de vista, que halló el Almirante, cuando estas islas descubrió, un millón de indios e indias, o más, de todas edades, o entre chicos e grandes. De los cuales todos, e de los que después nacieron, no se cree que hay al presente en este año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, quinientas personas, entre chicos e grandes, que sean naturales y de la progenie o estirpe de aquellos primeros. Porque, los más que agora hay, son traídos por los cristianos de otras islas, o de la Tierra Firme, para se servir de ellos. Pues como las minas eran muy ricas, e la codicia de los hombres insaciable, trabajaron algunos excesivamente a los indios; otros no les dieron tan bien de comer como convenía; y junto con esto, esta gente, de su natural, es ociosa e viciosa, y de poco trabajo, y melancólicos, y cobardes, viles e mal inclinados, mentirosos y de poca memoria, y de ninguna constancia. Muchos de ellos, por su pasatiempo, se mataron con ponzoña por no trabajar, e otros se ahorcaron por sus manos propias, e a otros se les recrecieron tales dolencias, en especial de unas viuelas pestilenciales que vinieron generalmente en toda la isla, que en breve tiempo los indios se acabaron" (Fernández de Oviedo, libro 3, cap. 6, 66-67).

tólico le honró con el Hábito de la Orden de Caballería de Santiago; que fue armado caballero; que recibió el hábito de la Orden Militar; que pasó a Italia a luchar contra los turcos; asimismo, acudió a todos los actos del nombramiento del rey de romanos, Rodolfo de Bohemia; que vivió en la Corte y Territorio de los Habsburgos, siempre sirviendo al Emperador hasta que, retirándose en 1577 en el convento de Uclés, escribió la segunda parte de *La Araucana*, imprimida en 1578, y once años más tarde la tercera parte. Una vida por lo tanto dedicada íntegramente a luchar, primero, con la espada y, años más tarde, con la escritura, por la gloria de España y para servir a su Rey.

El segundo rasgo al que alude Menton es el de la distorsión consciente de la historia mediante omisiones, exageraciones y anacronismos. En este sentido, ningún texto colonial histórico se libra de la fabulación y de la distorsión, y menos el género épico por excelencia. A pesar del realismo de *La Araucana*, Ercilla, como sabemos, incluye elementos mágicos, como el del mago Fitón, que otorga al autor el don de ver la batalla de San Quintín, o algunas visiones providencialistas que nos acercan a lo maravilloso cristiano, como la de la aparición de la Virgen a los araucanos. No hay que olvidar que el concepto historiográfico medieval no se despega de la idea providencialista, del imperialismo y el nacionalismo, así como de la mirada constante al pasado como modelo de virtud insuperable (historia como lección ética). Y ya hemos comentado cómo Beatriz Pastor entiende que Ercilla, con su relato, pretende un retorno nostálgico y anacrónico a los valores mitificados de la España heroico-medieval.

Ercilla sabe que un hecho tiene distintas versiones, de las cuales ninguna es enteramente verdadera sino que todas poseen parte de la verdad. En el terreno más personal y subjetivo, al igual que la crónica de Indias era un documento mediante el cual el autor pretendía favorecerse o justificar su actuación en el Nuevo Mundo ante la Corona, Ercilla podría asimismo servirse de *La Araucana* para justificar su enemistad hacia el capitán de la expedición y denunciar las acciones de algunos españoles que con sus crueldades y codicia se alejan del fin cristiano y heroico de la conquista. Ercilla defiende a los araucanos y siente la misma admiración por ellos que Domingo de Eraso, quien, además, remarca el amor grande que tienen a su patria, a su tierra, por la cual hasta el más flaco y cobarde pelearía contra 100 españoles y hasta las mujeres y niños procurarían tomar las armas antes de ser esclavos (228).

Entre los rasgos que distinguen a la “Nueva novela histórica”, Menton hace referencia al de la ficcionalización de los personajes históricos. Los no-

velistas se concentran en generar un ambiente irreal, no sujeto a los documentos, para dotar a los personajes de cualidades distintas, siendo fieles a su forma de actuar. En los ejemplos se puede ver a un Cristóbal Colón haciendo su confesión de amoríos con la reina Isabel en *El arpa y la sombra*, o a un Bolívar decadente en *El general en su laberinto*. En el arte de la ficcionalización o la distorsión de los personajes, Ercilla es insuperable, de tal manera que hasta nos hace dudar de la historicidad de algunos personajes o historias que aparecen en su texto. Sabemos que Lautaro es un personaje histórico a pesar de los rasgos novelísticos que Ercilla le otorga y que hacen que, siendo un líder araucano, se convierta en un superhéroe y en un caballero en lances de amor. Las escenas amorosas están tan bien noveladas que no sabemos si parten de situaciones reales, han sido vividas por el autor o pertenecen al mundo de las referencias literarias. En cualquier caso, sea como fuere, los retratos indígenas están basados en los tópicos clásicos y se asimilan a dichos héroes y las mujeres responden al retrato petrarquista y a su casuística amorosa así como al ideal del eterno femenino. Tal distorsión o ficcionalización desaparece cuando se trata de retratar a los sucesivos capitanes de la Armada Imperial, pues ni Valdivia, ni Villagrán, ni Hurtado de Mendoza salen bien parados. Esto es así porque Ercilla trata a los araucanos de personajes trágicos. De esta manera, mezcla el tono realista con la inspiración poética.

El quinto rasgo que aporta Menton, con respecto a la “Nueva novela histórica” es el de la metaficción o los comentarios del narrador sobre el proceso de creación que se pueden comprender como la voz del autor en la novela. Esta voz es cada vez más explícita dentro de la novela actual, hasta el punto de que el lector no distingue entre el narrador o el autor. Dentro de este rasgo se introducen los elementos de autobiografía o automención que la crítica más reciente ha catalogado como un subgénero. Menton recuerda en este sentido al *Quijote* y llama la atención sobre la paternidad de Borges en la utilización de esta herramienta (43). Antes que el *Quijote*, y a sabiendas de la deuda de este con *La Araucana*, ya hemos comentado cómo el autor está presente en la obra y cómo la historia se ensambla con recuerdos personales. Ercilla no solo utiliza recursos retóricos propios de la épica, como los cortes narrativos, las interrupciones o transiciones narrativas o las digresiones moralizantes, sino que también expresa sus opiniones sobre la guerra. Igualmente, la voz del autor sobre el proceso creativo es habitual, ya quejándose de lo árida que es la materia de la guerra, ya justificando la introducción de historias amorosas, ya defendiéndose del tono indigenista de su propio texto.

La intertextualidad es la alusión a otras obras. Los autores toman prestados personajes, entornos, hechos o relatos de otras obras para utilizarlos dentro de sus creaciones. Una forma extrema, según Menton, de visualizar su presencia en una novela es el palimpsesto o la reescritura de otro texto. *La Araucana*, si no es un palimpsesto, es una biblioteca andante porque está construida partiendo de los modelos clásicos (Aristóteles, Virgilio, Horacio), ya sea para seguirlos ya para desviarse de ellos, y de modelos más modernos (Garcilaso de la Vega, Ariosto, Boccaccio), que casi nunca se nombran pero que forman la base del texto.

Finalmente, en los rasgos que ofrece Menton, aparece lo dialógico, lo carnavalesco, la parodia y la heteroglosia o “la multiplicidad de los discursos, es decir, el uso consciente de distintos niveles o tipos de lenguaje” (Fernández Prieto 159). Desde luego, y aunque no podemos hablar del uso de la parodia en *La Araucana*, el autor claramente desmitifica el papel tradicionalmente otorgado al conquistador español en pro de la idealización del pueblo araucano.

Al conjunto de rasgos que ofrece Seymour Menton y que hemos aplicado a *La Araucana*, Fernando Aínsa añade, tal como especificamos más arriba, entre otros, la “abolición de la distancia épica” mediante la escritura en primera persona, cuya subjetividad entra en contraste con la novela histórica considerada simplificada de corte tradicional, que adopta por lo general un narrador en tercera persona, así como también se opone a la presunta objetividad del discurso historiográfico. Sin embargo, como sabemos, Ercilla no pretende abolir la distancia épica y distorsiona el género para poder ser subjetivo, de la misma forma que la “Nueva novela histórica”.

Si, como señala Aínsa (1997, 116), los géneros histórico y novelesco parten del tronco común de la epopeya, *La Araucana* es, de todas las epopeyas, la que determina ese salto pues ya no pertenece exclusivamente ni a la historia ni a la novela, sino que puede ser considerada, si no la primera, como una de las primeras novelas históricas de la literatura escrita en español.

OBRAS CITADAS

Aínsa, Fernando. “Invención literaria y «reconstrucción» histórica en la nueva narrativa latinoamericana”. *La invención del pasado: la novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Ed. Karl Kohut. Frankfurt am Main: Veruert/Madrid: Iberoamericana, 1997. 115-20.

Aínsa, Fernando. *Reescribir el pasado: historia y ficción en América Latina*. Mérida, Venezuela: Celarg, Ediciones El otro, el mismo, 2003.

- Erazo, Domingo de. “Papel sobre la esclavitud de los indios de Chile: del Capitán Domingo de Erazo”. *Colección de documento inéditos para la historia de España*. Vol. 50. Madrid: Imprenta de la viuda de Calero, 1867. 220-31.
- Ercilla, Alonso. *La Araucana*. Ed. Isaías Lerner. Madrid: Cátedra, 1993.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias*. Ed. Juan Pérez de Tudela Bueso.
- Fernández Prieto, Celia. *Historia y novela: poética de la novela histórica*. Pamplona: EUNSA, 1998.
- Fuentes, Carlos. *La nueva novela hispanoamericana*. México D.F.: Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1969.
- Gandía, Enrique de. “Los fines políticos y teológicos de *La Araucana* de Ercilla”. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 36. Buenos Aires, 1959.
- García Martín, Javier. “Una construcción incómoda del IUS AD BELLUM: Juan Ginés de Sepúlveda y el humanismo jurídico en el Colegio de San Clemente de Bolonia”. *History Review* 16 (2013): 1-53.
- Lefere, Robin. *La novela histórica: (re)definición, caracterización, tipología*. Madrid: Visor, 2013.
- Medina, José Toribio. *Alonso de Ercilla. La Araucana. Documentos*. Santiago de Chile: Imp. Elzeviriana, 1913.
- Medina Ávila, Blas. “Juan Ginés de Sepúlveda en *La Araucana*”. *e-Legal History Review* 15 (2013). 5 de febrero de 2018. <https://www.iustel.com/v2/revistas/detalle_revista.asp?id_noticia=412980>.
- Mejías-López, William. “La relación ideológica de Alonso de Ercilla con Francisco de Vitoria y Fray Bartolomé de las Casas”. *Revista Iberoamericana* 170-171 (1995): 197-217.
- Menton, Seymour. *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México: FCE, 1993.
- Pastor, Beatriz. *Discurso narrativo de la conquista de América*. La Habana: Casa de las Américas, 1983.
- Pérez Bustamante, Ciriaco. “El lascasismo en *La Araucana*”. *Revista de Estudios Políticos* 64 (1952): 157-68.
- Perkowska, Magdalena. *Historias híbridas: la nueva novela histórica latinoamericana (1985-2000) ante las teorías posmodernas de la historia*. Madrid: Iberoamericana, 2008.
- White, Hayden. *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: FCE, 1992.
- White, Hayden. *El contenido de la forma*. Barcelona: Paidós, 1992.